

# Santorul



## El Papa del Catecismo

Por J. Eluverol, Pbro.

Sucedió, hará cosa de unos cuarenta años, en los palacios del Vaticano, más concretamente, en el despacho del Papa. Una encopetada señora entró para ser recibida en audiencia privada por Su Santidad. Hizo, no sin un



Pío X —el Papa José Sarto — nuevo Beato de la Santa Iglesia

Poco de emoción, las reverencias de rigor, se sentó y empezó la conversación, que Dios sabe sobre qué sería. Lo cierto es que al poco, la buena señora, en un arranque de generosidad y de fervor muy explicable en aquellas circunstancias, preguntó a Su Santidad: —Santo Padre ¿qué puedo hacer yo por la Iglesia?

Ante tamaño ofrecimiento serían de esperar grandes contestaciones. Me supongo que en aquel solemnisimo momento de silencio estaría esperando oír de los labios del Papa: "Venda cuanto posea, délo a los pobres y hágase monja", o bien "entrégnelo todo por las misiones", "dedíquese a visitar y aliviar los enfermos de nuestros hospitales" u otra cosa por el estilo. Todo menos "enseñe usted el Catecismo".

La historia no nos dice si aquella señora siguió el consejo del Papa. Si el Evangelio nos habla de un joven que no se atrevió a seguir a Cristo porque amaba las riquezas, porque le imponía un sacrificio el seguir al Señor, también nos habla la Historia Sagrada de que en tiempo del profeta Eliseo un magnate de la Siria se indignó porque le había dado

un consejo demasiado fácil de seguir: que se lavara en el río siete veces y quedaría limpio de su lepra.

No sé si la señora sería partidaria de la comodidad como aquel joven o de la aparatosidad como aquel magnate. Lo cierto es que el enseñar catecismo ni es cosa cómoda, exenta de sacrificio, ni es cosa atrayente y aparatososa como para halagar la vanidad. Pero desde luego que debe ser cosa de veras agradable a Dios, cuando un Papa lo aconsejaba a quien estaba dispuesta a todo en bien de la Iglesia.

¡Enseñe usted el Catecismo! Este es el consejo, pero también el ejemplo de un Papa.

Pío X, que tal era el Papa a quien nos referimos, en su vida toda ocupó gran parte del tiempo en la enseñanza del Catecismo. Ya de rapazuelo en su pueblo mismo, con sus compañeros de juego, hasta que subió al solio pontificio fué su constante preocupación y su campo de trabajo preferido.

Preferido no sólo por una inclinación natural, sino por la convicción de su necesidad.

Nuestros días son en verdad azarosos. Pero no lo fueron menos los años en que Pío X gobernó el timón de la Iglesia. El como nadie, por su posición elevada por encima de las políticas y de las nacionalidades vivió los acontecimientos durísimos de las primeras décadas de nuestro siglo. Vió cómo el enemigo del nombre cristiano iba sembrando la cizaña en el campo de la humanidad.

Desde los tiempos de la Revolución iba progresando de una manera alarmante esta acción destructora, con variedad de nombres y de métodos para conseguir lo tantas veces pronosticado: el fin de la Iglesia.

Pío X, el Papa sencillo y humilde, subido al solio pontificio desde la más humilde posición pasando por todos los grados de la jerarquía eclesiástica, y dejan-

do en todos ellos un destello de esta su humildad, intuyó prácticamente la gran solución para esta nueva fase de la gran lucha del Cristo y el Anticristo. El edificio de la Iglesia amenazaba ser derribado por la fuerza destructora de las doctrinas disolventes, hermosas y seductoras, de la corrupción de las costumbres, de las luchas sociales. Recordando la parábola de la casa edificada sobre la arena y la edificada sobre piedra firme, puso todo su empeño en solidificar los cimientos de la fe cristiana. Y fué de su pluma que salieron luminosas encíclicas y documentos que dieron el golpe mortal a las nuevas herejías modernistas e impulsaron y orientaron los estudios de las Sagradas Letras, pero también fué él quien inculcó insistentemente la enseñanza del Catecismo como un deber de párrocos, maestros y padres. El mismo publicó un Catecismo, y aun en los primeros años de su pontificado, mientras su salud se lo permitió, acogía los domingos a multitud de hombres y niños de Roma, a los que aconsejaba y enseñaba el camino de la vida cristiana con palabra sencilla y paternal. Y ni decir que en sus audiencias eran los niños quienes atraían su mirada preferente, y también eran ellos los que más a gusto se encontraban al lado del que con razón se ha llamado "el Papa de los niños".

Quizá fuera todo esto consecuencia de su sencillez. Quizá a ello le impulsara su primera educación en el seno de una familia humilde y pueblerina, pero no dudamos que fué también obra de su convicción, fruto del continuo contacto con toda clase de gentes y de ambientes sociales, de que el edificio del cristianismo no puede tener otra base que el humilde pero sólido fundamento de las grandes verdades de nuestra santa fe, de las sencillas verdades del Catecismo.

Desde hace unos meses la Iglesia ha elevado a la gloria de los altares al gran Papa que se llamó Pío X.

No es ya su palabra. Ni es tan sólo su ejemplo. Es la misma Iglesia quien al proponer a nuestra veneración su imagen bendicida y sencilla nos habla de la importancia de lo que él amó tan entrañablemente: la enseñanza del Catecismo.



Luz, colorido, bullicio, alegría y santa inocencia son los más bellos atributos de la vida en nuestros Centros Catequísticos

Con licencia eclesiástica